cuhzuma, el cual respondió que siempre acostumbró a estar apercibido de mucha cantidad de armas para la guerra, por los muchos enemigos que tenía y que esta prevención le había librado de un gran peligro, en que particularmente le habían puesto, entre otros, los de Tlaxcalla y Mechhuacan y que para ninguna otra cosa las tenía de respeto en aquella casa donde las había visto; y con todo eso, pareciendo a Fernando Cortés que era más seguro consejo quitar las armas al enemigo, pues la ocasión presente era para ello muy aparejada, mandó que todas sirviesen de leña, para quemar a Quauhpopoca y a los otros y éstas son las armas referidas del fuego de Quauhpopoca y de los suyos.

En este tiempo se le ofrecieron muchos señores de paz a Fernando Cortés, en especial de los de tierra caliente, adonde había enviado capitanes y otras personas que buscasen minas de oro y plata y le vinieron con razón de uno y de otro; y aunque todo esto venía a noticia a Motecuhzuma, sentíalo, pero no podía remediarlo por estar preso. Pero pareciale que presto podría tomar venganza de los unos y de los otros, matando a los españoles, que así le tenían puesto en prisión y luego a los que se les mostraban parciales y amigos.

CAPÍTULO LVI. *De cómo prendieron a Cacama, rey de Tetzcuco, por traición y lo trajeron a Mexico, donde su tío Motecuhzuma no quiso verle y lo entregó a Cortés y le dio garrote y fue puesto en su lugar otro hermano suyo, llamado Cuicuitzcatl*

RA GRANDE EL ODIO que Cacama tenía a los castellanos y habiéndose ido a Tetzcuco (como dejamos dicho) habló a los más principales caballeros del reino y díjoles el amor que los tenía y que mirasen la sujeción en que aquellos pocos extranjeros los tenían puestos, atreviéndose a prender a su tío Motecuhzuma, a quien después de los dioses se debía mayor reverencia; y que no se había de sufrir que tan pocos y de ajena religión los echasen de sus casas vergonzosamente y lo que peor era, con afrenta y menosprecio de sus dioses, poner en el templo los suyos y que ya era tiempo de volver por la religión, por su libertad, por su honra, por su patria y ley, sin aguardar a que les acudiese ayuda de su tierra, de Tlaxcalla y de otras partes, y que por tanto aparejasen sus armas y su gente, porque estaba determinado de dar en aquellos advenedizos y que si otra cosa les parecía se lo advirtiesen, que tomaría su consejo. Todos alabaron su determinación y dijeron que para más que aquello era poderoso y le ofrecieron sus personas, pero algunos viejos no le queriendo lisonjear le dijeron que mirase lo que intentaba, que Cortés era valiente y había vencido grandes batallas y que les parecía que el amistad de Motecuhzuma con Cortés era grande, porque si quisiera haberle echado de Mexico, aparejo

había tenido para ello y que no le cegase el brío de la juventud ni el deseo de mandar; pues había otros tan legítimos herederos como él. Pero pudiendo más la multitud, la guerra quedó concertada y se comenzó a prevenir con tanto secreto que no pudiese llegar a noticia de Motecuhzuma, ni de Cortés, aunque aprovechó poco, porque luego se supo y aun puso en harto cuidado a Cortés esta diligencia de Cacama.

Y pareciéndole que era mancebo bullicioso y que el poco ánimo de Motecuhzuma o el mucho amor que a los castellanos mostraba le daban ocasión para lo que intentaba, le envió a decir que le daba mucha causa de sospechar mal que habiendo pasado lo de Quauhpopoca, ahora su sobrino Cacamatzin anduviese maquinando contra él que era tan su servidor, que le suplicaba lo mandase remediar, porque de otra manera todo el mal había de caer sobre él, y de camino ordenó que se le refiriesen ciertas palabras que Cacamatzin le envió a decir sobre que procurase de soltarse; pues por la honra de sus dioses y suya era conveniente que no dilatase más, donde no que no podía excusar de volver por ella. Con este recado de Fernando Cortés se alteró mucho Motecuhzuma y afirmó que de lo que su sobrino hacía no tenía ninguna noticia y que se hallaba allí muy a su voluntad, por lo mucho que se holgaba con los castellanos y que mandaría llamar a su sobrino Cacamatzin y no viniendo luego le mandaría prender y se le entregaría para que, averiguado el delito, le castigase. Cacamatzin se andaba previniendo para la guerra; y porque daba a entender que quería poner al rey en libertad todos le acudían de buena gana. Este caso puso a los castellanos en cuidado y no perdiendo de su ánimo Fernando Cortés trataba por el ejemplo y por la reputación de ir a Tetzcuco y acometer en su casa a Cacamatzin; pero Motecuhzuma se lo estorbó con decir que aquella ciudad era fuerte, y en agua, y la gente de Culhua estaba a devoción de su sobrino y que era mejor llevarlo por otro camino. Tomó Cortés su consejo y envió a decir a Cacamatzin que se acordase de su amistad y que mirase que la guerra era fácil de comenzar y mala de acabar y que conociese que le importaba tener por señor y amigo al rey de Castilla y a sus vasallos.

Respondió Cacama que no quería amistad con quien le quitaba la honra y reino, sujetaba sus personas, oprimía su patria, deshacía su religión y que no sabía quién era el rey de Castilla, ni lo quería oír, y que si quería que no le hiciese guerra, se saliese luego de Mexico. Volvióle Cortés con mucha blandura a amonestar, que se dejase de aquella demanda, y como no aprovechaba rogó a Motecuhzuma que se lo mandase. Envióle a llamar diciendo que le quería para dar algún medio en aquellas pasiones. No sólo no hizo caso de ello, antes dijo que si fuera hombre que no le dejara tener preso de cuatro advenedizos que le ocupaban su imperio, y que pues era tan para poco, determinaba no dejar lo comenzado, por volver el estado a su primer lustre, pues le había perdido por su cobardía. Estaba con esto determinado Fernando Cortés de salir a Cacamatzin al encuentro, aunque con gran peligro por los muchos enemigos de dentro y fuera; pero detúvole Motecuhzuma, el cual trató con ciertos capitanes que andaban con su sobrino que le prendiesen con secreto y se lo llevasen; los cuales,

por las dádivas que les dieron estando con Cacamatzin, consultando las cosas de la guerra, le prendieron, sin que bastase su resistencia ni el sentimiento que hacía, afeando el caso. Y antes que el negocio se entendiese, de presto por la laguna le trajeron a Mexico, y en unas andas, vestido realmente, le metieron en el aposento de el rey; pero no le quiso ver, antes le mandó entregar a Cortés, que muy contento, viendo el peligro asegurado, le puso a recado y a cabo de pocos días le dieron garrote secretamente, y así tuvo fin este gallardo mancebo, último rey de los aculhuas de los que fueron heredando aquel señorío por legítima sucesión y herencia. Y otro día, por consejo de Motecuhzuma, fue nombrado por señor de Colhuacan Cuicuitzcatl, hermano menor de Cacamatzin, que con el tío (huido de su hermano) estaba en Mexico, y Motecuhzuma le dio el título y corona de rey con la solemnidad que se usaba. Díjole que mirase que adelante le quería tener en lugar de hijo y que, afrentado de su hermano, se había ido a meter en su palacio sin pensamiento de llegar a tan alto estado, y que pues lo había alcanzado siendo él vivo lo tomase por aviso para no apartarse del deber, porque no había espada con que más se degollasen los reyes que con vivir mal y creerse de lisonjeros; los cuales metían a los príncipes en cosas de que después se arrepentían sin remedio. Cuicuitzcatl le besó la mano, prometióle obediencia, volvióse a Cortés, diole las gracias y ofreció de ser su amigo y servidor.

CAPÍTULO LVII. *De cómo Cuicuitzcatl entra en Tetzcuco y es recibido por rey, y de un saco que hace la gente de los castellanos en las trojes de cacao de Motecuhzuma*

UVO GRAN SENTIMIENTO Cacamatzin cuando supo que el hermano era señor de su estado y estuvo muy al cabo y Cortés le tenía en buena guarda, porque había muchos que deseaban volverse a Tetzcuco. Envió Motecuhzuma dos embajadores a la ciudad para que avisasen de la nueva elección, mandóle acompañar de muchos de su corte, y Fernando Cortés envió algunos de los más principales castellanos, habiéndole acompañado Motecuhzuma y Cortés hasta la puerta de Mexico. Fue recibido en Tetzcuco con arcos triunfales, danzas, música y otras alegrías. Llevábanle en andas; a la entrada de la ciudad, los de el gobierno le tomaron sobre sus hombros y llegado al palacio un caballero, el más viejo, le puso en la cabeza una guirnalda de flores y le hizo (estando todos con gran silencio) un razonamiento que en sustancia contenía que bien había visto que hallándose sirviendo a Motecuhzuma, como cualquiera de sus maestresalas huido de su hermano, los dioses por su clemencia le habían puesto en tan gran dignidad, que ni mudase su noble condición, pues que lo principal que debían los reyes procurar era el amor de sus vasallos y que todos los que allí estaban le miraban alegres de verse libres de el duro demonio